

Los cambios en las formas de participación juvenil; algunas aportaciones desde lo cotidiano.

Ignacio Sanz

Una revolución se hace al fin y al cabo con lo que se tiene a mano. Hombres viejos para construir jóvenes sociedades. Si tienen algo mejor que nosotros, avisen.

Jesús Ibáñez

1. Introducción

El objetivo de este artículo, aún a riesgo de desentrañar en el primer párrafo su contenido, es el de destacar y poner en valor las potencialidades que para la transformación social tienen las formas de acción colectiva preponderantes en las últimas dos décadas, haciendo ver la necesidad de valorar en su justa medida estas nuevas, o quizás no tan nuevas, formas de organización, y de aprovechar sus potencialidades como estructuras capaces de convocar a tantas personas en torno a tareas vinculadas a la construcción conjunta de otro tipo de sociedad.

Para ello, en el primer apartado se ha comenzado presentando una serie de datos que permiten conocer los valores y actitudes de las personas jóvenes, así como otra serie de informaciones que guardan una relación muy estrecha con las formas de participación social y acción colectiva de este grupo de edad, como por ejemplo, el nivel de asociacionismo, sus motivaciones para tomar parte en estas organizaciones, el tipo de implicación en las mismas, o la valoración que realizan de diversas instituciones y en especial, de los movimientos sociales.

A continuación, en el segundo apartado, se ha intentado exponer de manera sintética, y desde una perspectiva más teórica, la evolución sufrida en nuestro entorno de las formas de acción colectiva, así como las causas de estos cambios.

Por último, y de manera muy abierta, en parte de manera intencionada, y en parte por la dificultad o incapacidad para estructurar mejor algunas de las ideas plasmadas, he tratado de introducir, desde el conocimiento y la observación más cotidiana de la práctica asociativa, algunos matices y reflexiones a esta visión más academicista con el objetivo de avanzar hacia una visión más amplia e integradora de las diferentes formas de acción colectiva.

Y muy lejos de caer en la tentación de entrar a valorar si estas estructuras de participación social son “mejores” o “peores” que las que han gozado de mayor peso en otras épocas, he tratado, como he dicho un poco más arriba, de hacer ver la necesidad de bajar desde el análisis social y político acerca de las formas de acción colectiva a la práctica en la que estamos inmersos, con el fin de poder poner las bases que permitan una construcción más enriquecedora a partir de ésta.

Por otra parte, y aunque no sea algo habitual, me gustaría dejar claro también en esta introducción que este artículo trata de huir de la tendencia, más o menos generalizada, a abordar los estudios o los artículos sobre jóvenes desde una óptica en el que se analiza su comportamiento como objeto de preocupación, en el mejor de los casos, o, en el peor, como un problema. Espero conseguirlo.

De hecho, creo que si algo nos han podido enseñar el análisis y los estudios sobre muchos de los fenómenos que afectan a las personas jóvenes, es que éstas no son muy diferentes en casi ningún aspecto al resto de la población. En todo caso, las y los jóvenes serían en todo caso, un colectivo privilegiado para la observación de aspectos que afectan al conjunto de la sociedad. Y digo privilegiado, porque las personas jóvenes son, a nivel metodológico, una valiosa herramienta de observación, en la medida en que muestran, de manera aumentada, o de manera más marcada, los rasgos más definitorios del conjunto de la sociedad, como si fueran una caricatura de la misma.

Es desde este enfoque desde donde abordamos el análisis de las formas de participación social y acción colectiva de las personas jóvenes, desde su percepción como un colectivo privilegiado para la

observación con una cierta anticipación, y de manera más visible, de hechos que empiezan a afectar, o ya están afectando, aun en menor grado o de forma quizás no tan evidente, al conjunto de la sociedad.

2. Algunos datos sobre las y los jóvenes y algunos de los factores que influyen en sus formas de participación

En este apartado se presentan una serie de datos que nos permiten acercarnos a una mejor caracterización de las personas jóvenes, a la vez que nos ayudan a conocer sus valores y actitudes, así como otra serie de informaciones que guardan una relación muy estrecha con las formas de participación social y acción colectiva por las que opta este grupo de edad, y nos pueden ayudar a entender mejor su forma de pensar y actuar en esta materia. Estas informaciones se refieren, por ejemplo, al nivel de asociacionismo, a sus motivaciones para tomar parte en estas organizaciones, al tipo de implicación en las mismas, o a la valoración que realizan de diversas instituciones y en especial, de los movimientos sociales.

Para hablar de los valores, las actitudes y ciertos aspectos relacionados con la participación juvenil me he apoyado fundamentalmente en dos fuentes, el informe *Jóvenes españoles 2005* de la Fundación Santa María y el *Estudio sobre voluntariado en Bizkaia 2008*, sabedor en el caso de este último, de que si bien los datos no son directamente trasladables a los del resto del Estado, sí lo es la tendencia que de ellos se puede inducir.

2.1. Valores y actitudes de las personas jóvenes

Las personas jóvenes expresan que los aspectos más importantes para ellas son, y por este orden, la salud, la familia y los amigos. A una cierta distancia encontraríamos cuestiones de carecer material como el trabajo o ganar dinero, y en las últimas posiciones de esta clasificación, cuestiones de carácter ideológico o ligadas a la asignación de sentido como la política o la religión.

Algunos autores interpretan que la alta valoración de aspectos como la familia y los amigos entre las y los jóvenes, se debe, al menos en parte, al contexto de inseguridad que se vive en los aspectos académico, laboral, económico..., contexto que hace que se aprecie de manera especialmente importante todo lo que revista un carácter de gratuidad y no competitividad.

Por otra parte, es interesante destacar que la escasa valoración de lo político se da también en personas con un claro posicionamiento ideológico.

Respecto a las experiencias vitales que les llenan en mayor grado, las y los jóvenes insisten en esta misma línea al identificar en primer y segundo lugar respectivamente, la amistad y el amor. Tenemos que ir a lugares intermedios en esta clasificación para encontrar experiencias ligadas a aspectos más materialistas como el triunfo profesional.

En estas dos cuestiones señaladas hasta ahora, la de los aspectos más importantes para las y los jóvenes, y las experiencias vitales que más les llenan, se observa que hay, tal y como se avanzaba en la introducción, una correlación intergeneracional de valores, es decir, que no se observa una diferencia significativa con los valores de la población adulta.

A la hora de preguntar a las personas jóvenes por cuáles son, a su juicio, los problemas sociales más importantes, vemos que se destacan temas como el terrorismo, la droga, el paro, la vivienda (estos tres últimos como problemas específicamente juveniles) o la violencia de género. Por otra parte, hay un incremento importante respecto a años anteriores en la identificación de problemas como la vivienda o la inmigración, mientras desciende de manera importante la identificación como problemas de aspectos como la droga, el paro o el SIDA.

De todas maneras, conviene recordar que esta identificación de los problemas sociales más importantes hecha por las y los jóvenes responde, como toda clasificación de este tipo, a una valoración de la realidad que a pesar de tener su relevancia, no tiene por qué responder a la situación real de los hechos, sino que está muy influida por sus objetivos vitales, su bienestar personal, fenómenos mediáticos, la influencia de la coyuntura, etc.

En este sentido, es interesante observar cómo varía la identificación de los principales problemas sociales en función del posicionamiento político de las personas jóvenes. Así, para las personas que se ubican en el espectro de la derecha, los problemas más importantes son el terrorismo, las drogas y la inmigración. Para las que lo hacen en la izquierda, los problemas más importantes serían la pobreza, la corrupción y la vivienda.

Destaca como un dato relevante, el hecho de que al 82% de las y los jóvenes su vida les satisface mucho y bastante.

Cuando se les pregunta acerca de cómo se ven, resulta curioso que las personas jóvenes se atribuyan rasgos que mayoritariamente podríamos calificar como negativos. De esta manera, y en este orden, se definen como consumistas, rebeldes, pensando sólo en el presente, independientes, egoístas y con poco sentido del deber y del sacrificio.

Algunos autores dudan si esta atribución de rasgos que hacen las y los jóvenes se debe a la incorporación de la atribución que de ellas hacen las y los adultos, o si efectivamente es fruto de un ejercicio de introspección.

Otro factor que destaca de manera negativa es el crecimiento de la intolerancia entre las y los jóvenes, hecho que puede observarse en la respuesta a la pregunta acerca de su tolerancia a ser vecinos de ciertos colectivos. Ante esta pregunta se observa que hay una menor tolerancia respecto a años anteriores, especialmente en lo que tiene que ver con: neonazis, punkis, okupas, gitanos e inmigrantes.

2.2. Algunos aspectos relacionados con la forma de participación social de las personas jóvenes

A continuación mostraremos varias cuestiones ligadas, en mayor o menor medida, al tema que nos ocupa, el de la participación juvenil.

En primer lugar, el nivel de asociacionismo entre los jóvenes españoles, que es de un 20%. Este índice ha sufrido una evolución descendente en el tiempo, pasando de un 33% en 1984 a un 20% en 2005. Lo que visto desde otro ángulo, es lo mismo que decir que el 80% de los jóvenes, cuatro de cada cinco, no pertenece a ninguna asociación o colectivo.

Junto a este primer dato, se hace necesario destacar al leer los datos que ofrecen algunos estudios, que a pesar de que la juventud aparece como colectivo con un peso importante dentro de total de personas que toman parte en alguna asociación, y contrariamente a la imagen más tradicional que podemos tener de ella como la franja de edad más activa, dinámica y que más personas aporta al conjunto de las personas voluntarias, las personas entre 16 y 29 años no suponen más que el 19% de las personas voluntarias (datos referidos a Bizkaia pero extrapolables a otros ámbitos geográficos), porcentaje idéntico al de las personas voluntarias entre 30 y 39 años, cifras que quedan lejos del 32% que suponen las personas de más de 60 años. Esto viene a romper con la imagen más clásica que podíamos tener de las personas jóvenes como grupo de edad con mayor nivel de implicación y activismo social.

Los principales ámbitos de intervención de las personas voluntarias en Bizkaia son los que siguen:

Ámbito de intervención	% de voluntariado implicado
Ocio, cultura y euskera	45%
Deporte y Tiempo libre	41%
Medio ambiente	23%
Cooperación al desarrollo y ayuda al Tercer Mundo	22,5%
Religión	22%
Marginación social	20%
Enfermedades y servicios socio-sanitarios	20%

En general no se aprecian excesivas diferencias en cuanto al ámbito de intervención en función del grupo de edad. A pesar de ello, los dos primeros, *Ocio, cultura y euskera*, y *Deporte y Tiempo libre* son los que cuentan con mayor presencia de personas jóvenes.

Los datos referidos al conjunto del Estado confirman estos datos, destacando la presencia juvenil en las entidades que trabajan en torno al deporte, la cultura y el tiempo libre.

La mayor novedad en este campo, son las diferencias a la hora de elegir el ámbito en el que se asocian las personas jóvenes en función del sexo, su nivel de religiosidad o su ideología política.

Por otra parte, y aunque profundizaremos en este tema más adelante, avanzamos ya la opinión de diversos autores que apuntan a cambios en el tiempo en la forma de tomar parte en las asociaciones, habiéndose producido una mudanza en los últimos años hacia formas de compromiso de carácter más puntual y menos duraderos en el tiempo.

A la hora de preguntar a las personas voluntarias por el peso de sus motivaciones para tomar parte en una asociación, destacan las respuestas que tienen que ver con la utilidad social de su actividad y con su satisfacción personal. Es de resaltar también que las respuestas que tienen que ver con aspectos de carácter más ideológico u holístico, como el interés por la política o las motivaciones religiosas ocupan las últimas plazas.

Así, en el caso de Bizkaia, los motivos más valorados en una escala del 0 al 10 son los que siguen a continuación: *Utilidad social* (8,24), *Satisfacción personal* (8,12), *Satisfacción de ayudar a los demás* (7,99), *Mis principios éticos y morales* (7,92), *Participar en la mejora de mi entorno más cercano / sociedad* (7,59) y *Enriquecimiento personal* (7,38). Estos datos coinciden, en gran medida, con los de otros estudios de ámbito estatal.

Un dato que merece la pena resaltar y que puede resultar de interés para comprender la evolución y las nuevas tendencias en las formas de participación y acción colectiva, juveniles o no, es que la mayor parte de las personas voluntarias, el 77% más concretamente, toman parte, en el caso de Bizkaia, en entidades que no superan el marco intervención del Territorio Histórico. Así, el 24 % participan en organizaciones de ámbito vecinal o de barrio, el 37,5% en colectivos de ámbito municipal o comarcal, y un 15,5% en grupos que actúan a nivel de Bizkaia. Sólo un 23% forman parte de entidades de carácter autonómico, estatal o internacional. Queda así clara por tanto la preferencia de las personas por implicarse en actividades, proyectos o entidades de carácter cercano.

Siguiendo el análisis del voluntariado vizcaíno, destaca el dato de que el 68% de las personas voluntarias afirman colaborar de manera habitual o continuada en las actividades de la organización a la que pertenecen, porcentaje que sube hasta más del 75% en el caso de las personas jóvenes.

Esta afirmación se ve confirmada al ver los datos que muestran como un 64% de las y los voluntarios vizcaínos mantienen un compromiso de carácter semanal y un 24% lo hacen de manera mensual. Es decir, un 88% de estas personas toman parte al menos una vez al mes en las actividades de su organización.

En el caso de las y los jóvenes, los porcentajes de personas que toman parte semanalmente en su organización suben hasta cifras cercanas al 73%, y en torno al 27% en el caso de los que lo hacen mensualmente.

Respecto al número de horas semanales dedicadas a tomar parte en estas actividades, la siguiente tabla nos indica cuál es la dedicación de las personas voluntarias:

Número de horas semanales	% del total de personas voluntarias	% de las personas jóvenes voluntarias
1-3 h./sem.	45%	48%
3-6 h./sem.	35%	30%
6-12 h./sem.	13%	13%
Más de 12 h./sem.	7%	9%

Al analizar las actividades de organización en la que más toman parte las personas que participan de manera voluntaria en la misma, vemos que la mayor parte de ellas, (un 84%), lo hacen colaborando en actividades concretas, a continuación le sigue (con un 77%) la intervención directa con personas y la realización de labores de acompañamiento, y en tercer lugar (con un 57%), el desarrollo de tareas de animación.

La participación de las personas jóvenes, aunque a grandes rasgos sigue estas pautas, presenta ligeros matices como una menor colaboración en actividades concretas y una mayor tendencia a la realización de tareas de animación.

Por otra parte, y ya con datos referidos al conjunto del Estado, conviene conocer, por lo que ello pueda tener de peso en la forma de movilizarse de las personas jóvenes, cuál es el nivel de confianza que éstas muestran en diversas instituciones:

Tipo de institución	Nivel de confianza (en %)
Organizaciones de voluntariado	70
Sistema de enseñanza	60
Seguridad Social	54
Policía	51
UE	50
ONU	47
Prensa	46
Sindicatos	38
Parlamentos	38
Iglesia	21

La lectura de esta tabla nos lleva a hablar de dos hechos muy relacionados entre ellos. En primer lugar, del fenómeno denominado por algunos autores como “apoliticismo” juvenil. Algunas de las posibles razones del crecimiento de este fenómeno de alejamiento de la política, entendida ésta en su acepción más estricta, es decir, de sus formas y sus actores más convencionales, los partidos políticos, son la importancia de lo próximo, el presentismo, lo cotidiano, y la visión o percepción de la política como incapaz para resolver los problemas que más afectan y/o preocupan a las personas jóvenes (vivienda, precariedad...).

Y en segundo lugar, del elevado grado de aprobación de los movimientos sociales entre las y los jóvenes. A pesar de su alta valoración, conviene hilar más fino y señalar que éste varía en intensidad dentro de la población juvenil en función de varias variables:

- El posicionamiento político. Así, la valoración de los movimientos sociales es mayor entre la gente que si sitúa en la izquierda, mientras que es menor entre aquéllas que se identifican como de derechas.
- El sexo. Dándose una mayor aprobación por parte de las chicas.
- La edad. Se observa de manera bastante clara que, a medida que se incrementa la edad, se incrementa de igual manera el nivel de aprobación de estos colectivos.

3. Una visión teórica de la evolución de las formas de participación juvenil

En este apartado voy a tratar de presentar de sintéticamente algunas de las teorías que han tratado de explicar la evolución de las formas de acción colectiva habidas en los últimos años. Esta evolución, tal y como ya he comentado en la introducción, y al igual que muchos otros de los cambios sociales, puede resultar más visible en las franjas de edad más jóvenes de la población, pero en ningún modo, es exclusiva de ella.

Soy consciente también de la osadía de tratar de resumir en unas pocas páginas algunas obras que tratan esta cuestión mucho más en profundidad y, a mi juicio, muy acertadamente, pero creo que se hace necesario hacer un repaso a estas explicaciones para, después tratar de construir, aunque sea poco y muy modestamente, a partir de ellas.

Entre las diversas fuentes utilizadas para la redacción de este apartado, merece destacar por el aprovechamiento realizado de la misma, la obra *De la confrontación militante a la cooperación pragmática*, de Pedro Ibarra y Alberto de la Peña, que espero que, en un acto de infinita misericordia, y en todo caso valorando como atenuante la confesión que estoy realizando, no me acusen de plagio.

3.1. Cambios en las formas de acción colectiva

Las diversas fuentes que estudian tanto la acción política en su conjunto, como los movimientos sociales, las organizaciones de voluntariado o la evolución de los valores y actitudes de las personas jóvenes, coinciden en señalar, si bien desde diferentes enfoques, los relevantes cambios que ha habido en los últimos veinte o treinta años en lo que respecta a las formas de acción colectiva.

Así, todas ellas coinciden en que se está produciendo un cambio tanto en los tipos de agentes que actúan, como en la forma de acción de éstos, como en el de las y los activistas que los conforman. El origen de estos cambios es multidimensional y habría que encontrarlo, entre otros, en aspectos culturales, laborales y políticos.

Estos movimientos estarían, de esta manera, siendo conformados por un nuevo tipo de activista que, a su vez, generaría un nuevo tipo de acción. Esta nueva forma de activismo se concretaría en una nueva concepción de lo político. Los principales aspectos en los que podemos identificar los cambios son en la percepción que tienen de la política, en su relación con las instituciones, y en el perfil de sus activistas (su motivación y compromiso).

Respecto a este último aspecto, el del perfil de las y los activistas, se plantea la existencia de una evolución en el tiempo de una forma que se ha convenido en denominar “militante” hacia otra que se ha dado en llamar “voluntariado”. No es necesario recordar que los “tipos ideales” son una herramienta utilizada en sociología para caracterizar los elementos que conforman o configuran una realidad, pero que, por supuesto, no existen como tales.

Así, vamos a valernos de este artificio para explicar el cambio en los perfiles de las y los activistas de una y otra forma de acción colectiva, para explicar las diferencias entre las y los militantes de los movimientos sociales y las y los voluntarios de las asociaciones o los grupos de interés públicos.

De esta manera, cuando pensamos en una o un “militante ideal” estamos hablando de una persona para la que esta militancia en un movimiento social es un aspecto fundamental de su propia existencia, un elemento de importancia central para su el concepto que tiene de ella misma, para su identidad, para sus relaciones con los demás, para su comportamiento general y para su propia distribución del tiempo. Esta centralidad de la militancia se expresa en valores, estética, formas de ocio y relaciones sociales. El compromiso de la persona militante es además, y esto es fundamental, de carácter político, en la medida en que trata de cambiar aspectos que se refieren a la forma de organización social colectiva.

Frente a éste tipo de compromiso, encontramos otro perfil de individuo con un compromiso, de otra naturaleza, que aporta su esfuerzo individual para aquellas organizaciones de los “movimientos de tipo cooperativo”, en buena medida, asociaciones de voluntariado dedicadas a ámbitos como la cooperación, el racismo, la lucha contra la exclusión...

El perfil de esta o este “voluntario ideal” es la de una persona que dedica parte de su tiempo a una causa concreta encarnada en la finalidad organizativa de una asociación. Esto se materializa en la prestación de una labor determinada en una organización durante una cantidad de horas semanales. La persona voluntaria trabaja en aspectos concretos en los que la organización necesita de su labor para cubrir necesidades operativas. A diferencia de la o el militante, no establecería una vinculación más intensa con su organización, ni sus compañeros de militancia coinciden con su red de amistades, ni pasan a formar un grupo de referencia para él. La dedicación a la entidad es una faceta más de una forma de vida en la que

caben roles de diferente y muy variados. El papel de la entidad pierde transcendencia cuando no está desempeñando la tarea voluntaria o está fuera de la sede de la organización.

Respecto a las motivaciones que llevan a las personas voluntarias a tomar parte en la organización en la que participan, y a diferencia de las y los militantes, éstas no son de carácter ideológico, y no enmarca su actividad en un discurso articulado e ideológicamente intenso, es decir, en un discurso que identifica un problema, un culpable y una solución, en la que se enmarca la militancia.

Este paso de entidades formadas por militantes a entidades formadas por personas voluntarias se traduce en cambios en las formas de acción colectiva de estas organizaciones en, al menos, dos aspectos, que la oposición a las instituciones no será frontal, y que la organización no tratará de ser un espacio alternativo a lo institucional, sino una herramienta para la mejora del mundo desde una óptica más posibilista, es decir, combinando los resortes institucionales con la crítica a las mismas.

Se dan pues, dos maneras de acción colectiva diferenciadas, con una preponderancia actualmente en el espacio del activismo de un tipo de acción colectiva más cercano a los grupos de interés público que a los movimientos sociales, con mayor peso hasta finales de los años 80. Esto se plasma en organizaciones más atentas a la organización y la eficacia, y con una militancia con un compromiso menos intenso.

Aunque por otra parte, conviene señalar desde ya, que esta nueva forma de acción colectiva no sería exclusiva de las denominadas entidades del Tercer Sector, sino que se habría extendido, al menos parcialmente, a muchas organizaciones que parecen más cercanas a lo que entendemos por movimientos sociales tradicionales.

En esta línea, y en el caso un número importante de entidades de los ámbitos con mayor presencia de jóvenes (asociaciones culturales, grupos de tiempo libre...), o bien se ha producido ya, o bien se está produciendo, o bien está en debate el proceso de profesionalización y de transformación de estas asociaciones de militantes/voluntarios en entidades prestadoras de servicios en el mismo ámbito en el que venían trabajando. En buena parte de los casos, la decisión que se ha tomado es la de compatibilizar las dos vertientes, la asociativa y la profesionalizada, con mayores o menores tensiones, según los casos, en lo relativo a materias como la pérdida del peso de la identidad en la organización, la creciente burocratización que esto exige, o el incremento en la concentración del poder.

En este punto, y antes de seguir, conviene tratar de delimitar, aunque sea muy someramente, y con el objetivo de permitir una mejor comprensión de la argumentación expuesta, los conceptos de movimiento social, forma de acción colectiva de la que partimos, y que se sostiene que ha predominado hasta los años 90, y los grupos de interés públicos, forma de acción colectiva hacia la que se habría evolucionado en algunos casos y que parece predominar actualmente.

La diferencia entre ambas formas de acción colectiva, aún siendo conscientes de que las fronteras son muchas veces son más teóricas que prácticas, se establece en torno a varios criterios:

- La cuestión organizativa. En este sentido, y mientras el grupo de interés prima la eficacia en la exigencia de sus demandas, para lo que establecerá una organización formal y, preferiblemente, jerarquizada, para el movimiento social la cuestión organizativa no es sólo un medio, sino un fin. Y en ese contexto, la participación es un elemento indiscutible en la conformación de su identidad como comunidad diferenciada.
- Los medios. En este ámbito, la mayor diferencia reside en que los grupos de interés utilizan medios de acción convencionales a diferencia de los movimientos sociales, que priorizan las acciones no, o menos, convencionales.
- Los beneficiarios de la acción colectiva. Respecto a este aspecto, mientras los grupos de interés buscan beneficios para un colectivo determinado, en ocasiones el que sus afiliados y/o miembros expresamente han decidido, los movimientos sociales, por su parte, se otorgan la representación de intereses colectivos y persiguen beneficios para colectivos a veces indeterminados, llegando incluso a contemplar como tales a toda la humanidad.

3.2. Razones que explican estos cambios

Las razones para este cambio en las formas de acción colectiva, tal y como avanzábamos más arriba, son de diferentes tipos: culturales, ideológicas y de evolución de la estructura de oportunidad política.

Abordamos en primer lugar, las razones de índole cultural. En este sentido, es determinante la evolución de los valores y actitudes hacia el postmaterialismo, entendiendo por éste el movimiento de pluralización, fragmentación y rechazo de las formas homogeneizadoras, despersionizadoras y globalizadoras propias de la modernidad.

Así, se observa un progresivo desplazamiento de las preferencias individuales desde cuestiones centradas en la seguridad física y material a otras centradas en la calidad de vida y la autorrealización personal. Una vez acabada la etapa de escasez en las sociedades industrializadas, las poblaciones comienzan a desear aspectos que no tienen que ver con lo económico o lo material, como son el cuidado del medioambiente, la emancipación de los colectivos socialmente excluidos, la solidaridad con los países del Tercer Mundo, la liberación de la mujer o el grado de democracia de los sistemas políticos. En el caso de las personas jóvenes, al igual que en el resto de la sociedad, esto se refleja en un creciente interés por los objetivos defendidos por las entidades de las que venimos hablando.

Paralelamente a esto, y por influencia de la situación de incertidumbre frente al futuro de las personas jóvenes debida a las inestables condiciones económicas, laborales..., así como por el auge de valores como el individualismo y el consumismo, o el debilitamiento del sentido del deber y del compromiso, se producen nuevas formas de militancia caracterizadas por un cierto apego a la inmediatez, a la tangibilidad de los resultados. El resultado es la dificultad para que las personas jóvenes enganchen eficazmente con causas colectivas.

Como fruto de esto, la participación pasa a ser, o puede llegar a serlo, una actividad más entre otras, que no responde tanto a la voluntad de cambiar las cosas o a un sentido del deber con las causas colectivas, como al gusto por ocupar el tiempo libre y construir una propia identidad más plena.

En este sentido, el individualismo y el consumismo aparecen como variables que ayudan a entender tanto la razón para el abandono de los movimientos sociales y asociaciones, como la razón para el ingreso en otras entidades con perfiles de activistas más próximos al voluntariado.

En segundo lugar, analizamos las razones para el cambio en las formas de acción colectiva relacionadas con la desaparición, o pérdida de importancia, de las ideologías y la extensión de un modo de vida fragmentado y pluralizado, es decir, con la postmodernidad en sus aspectos cultural, filosófico y político.

Dicho de una muy resumida, podríamos decir que se han producido una serie de cambios estructurales sociales, laborales, económicos, políticos, demográficos..., que han determinado, a su vez, cambios culturales colectivos que han transformado, finalmente, los sistemas de motivación individual.

En lo que respecta a las formas de acción colectiva, durante los años noventa se pasa de una ideología "crítica" propia de los movimientos sociales, entendida ésta como una cosmovisión del poder y como un sistema de creencias organizado para convencer y motivar, dirigido a la acción, a orientar la vida pública (y la privada) hacia la movilización, y con un objetivo deslegitimador o antisistema, a una ideología "pragmática", propia de los grupos de interés, con un enfoque posibilista sobre el poder, en el que los conflictos se entienden como originados por la convergencia inevitable de la legítima pluralidad de intereses.

Así, la progresiva desaparición de las ideologías, al menos tal y como se han entendido en el siglo XX, tiene un enorme peso en el origen de que la mentalidad de quien se compromete social y políticamente sea diferente con respecto a hace unos años.

La mentalidad postmoderna, por su parte, hace más impermeable a las y los individuos a explicaciones totalizadoras, sumergiéndoles en una realidad más fragmentada, y dificultándoles, por tanto, para la asunción de explicaciones de carácter más global y para apuestas vitales que abarquen toda la actividad de la persona.

Todo esto se da además, en un contexto de de incertidumbre en lo relacionado con lo laboral (paro, precariedad...), que tiene como consecuencias el retraso en la edad de emancipación, la imposibilidad o dificultad de desarrollar los proyectos vitales de los jóvenes, y la generación de un sentimiento de incertidumbre existencial.

Y como tercero y último factor que explican estos cambios, están las variaciones en los elementos que configuran la estructura de oportunidad política.

Los cambios más destacables en este ámbito desde la Transición y que han influido en los movimientos sociales son:

- El incremento de los puntos de acceso al poder a partir de la descentralización del Estado y la consolidación de las estructuras locales, forales y autonómicas, con el consiguiente incremento del margen de acción que esto ha supuesto para los movimientos sociales.
- La progresiva fractura abierta entre las élites políticas, fundamentalmente en el eje centro-periferia, lo que ha supuesto un aumento en las posibilidades de que los movimientos vean atendidas sus demandas por una parte de estas élites.
- La transformación en las élites políticas respecto a los temas planteados por los movimientos debido a la expansión de valores postmateriales que les lleva a tomar conciencia de algunos problemas.

Estos cambios han supuesto un progresivo acercamiento de los actores políticos convencionales, los partidos políticos, a los movimientos sociales, con lo que ello conlleva de existencia de la apertura o incremento de canales de comunicación fluidos entre ambos y la posibilidad de una mayor influencia de éstos en aquéllos.

La primera consecuencia de esta mayor apertura de las instituciones a las demandas y reivindicaciones de los movimientos sociales, y de la inclusión en la agenda política de los temas que éstos trabajan, por paradójica que parezca, es una menor necesidad de este tipo de organizaciones más “críticas” en la medida en que se abren otras vías para abordar políticamente sus demandas y planteamientos.

Y la segunda consecuencia es la creciente necesidad, por otra parte, de evolución de estas organizaciones hacia formas que les permita trabajar e interactuar con las instituciones en la elaboración de normativas y políticas públicas. El hecho de que el sistema ofrezca a los movimientos un espacio desde el que actuar e influir continuamente, hace que éstos tiendan a dar más peso a aquellas partes de su estructura que se organizan de forma más racionalizada, especializada...

4. Algunas reflexiones desde la práctica cotidiana

En primer lugar, me parece importante recordar que, y a pesar de reconocer su enorme valor como instrumento para poder estudiar la realidad, una clasificación demasiado estricta de las formas de acción colectiva en movimientos sociales y grupos de interés públicos, así como la distinción de militantes y voluntarios ideales, responde fundamentalmente a una necesidad de establecer categorías para el análisis, pero que por lo tanto, son categorías que no se dan como tales en la vida real. Es una manera de ordenar la realidad, que si bien nos sirve para interpretar a nivel teórico la realidad asociativa y sus cambios, no es suficiente para explicar más en detalle, e hilando más fino, lo que sucede en nuestros barrios y localidades.

De hecho, en la práctica hay una coexistencia de ambas formas de acción colectiva, convivencia que, por otra parte, siempre se ha dado. Lo que habría variado en los últimos años, es el peso de cada una de estas formas en el conjunto total, pasando de una mayor preponderancia de los movimientos sociales en los años 70 y 80, a una mayor presencia de las “organizaciones de voluntariado” a partir de los 90.

Pero además, la realidad es mucho más compleja que todo eso, y sobre todo es mucho más diversa, y por mucho que tratemos de encerrar en estas definiciones lo que sucede a nuestro alrededor, la casuística de organizaciones, y sobre todo de activistas, es tan enormemente rica, afortunadamente, que ésta se reparte

de manera más o menos homogénea a lo largo de un continuo que va de una a otra forma “pura” de clasificación.

Así, además de existir infinidad de realidades asociativas que al intentar definir las se nos escapan y acaban quedando en tierra de nadie, son multitud también las que están inmersas en constantes caminos de ida y vuelta, adoptando hoy matices que la acercan a una fórmula, y mañana aspectos que la aproximan a la “opuesta”.

Por otra parte, resulta fundamental, por las implicaciones que ello va a tener, destacar el carácter eminentemente de barrio o local de muchas de las entidades asociativas definidas a priori como de ideología “pragmática”, o al menos “no crítica” (asociaciones culturales, de tiempo libre, deportivas...), entidades en las que comienzan a tomar parte la inmensa mayoría de las personas jóvenes, y no tan jóvenes, que se suman a alguna forma de acción colectiva.

Una de las principales razones de la implicación de las personas en entidades que trabajan en un marco tan próximo habría que buscarlas en que es el espacio que entienden como más tangible, que es también el ámbito al que se sienten más vinculadas, que perciben además que es el entorno donde mayor capacidad tienen de aportar para la transformación, y que es donde más sentido tiene la participación y donde mejor, y antes, se van a ver los frutos de la misma.

Otra de las razones fundamentales, además de la proximidad, por las que muchas personas optan por participar en estas entidades con una ideología no contenciosa, es que ofrecen la oportunidad de participar en ellas de manera más flexible y adaptada a sus necesidades, ganas y/o posibilidades que las organizaciones con un planteamiento ideológico crítico que pueden intervenir en el mismo espacio geográfico y en un ámbito de trabajo similar, entidades que les plantean un nivel de exigencia en cuanto a dedicación, implicación personal y continuidad mucho mayor.

Un aspecto que se tiende a desdeñar en ocasiones desde visiones más “críticas”, y que creo que es importante rescatar, es la potencialidad que tienen estas entidades de ideología “pragmática” para configurarse en “escuelas de ciudadanía/militancia” en la medida en que constituyen en muchos casos para buena parte de sus miembros, los primeros espacios de práctica asociativa, y aunque originariamente no tengan ese objetivo, pasan a ser para muchas y muchos participantes, de hecho, la vía de entrada a la toma de conciencia, y la vivencia, respecto a algunos problemas, ciertas situaciones de desigualdad, y momentos de conflicto y/o enfrentamiento con las instituciones...

Así, y aunque no puede hablarse a nivel generalizado, ni mucho menos, de que las entidades de ideología “pragmática” que actúan a nivel de barrio o local den el paso a convertirse en movimientos sociales al uso con la adquisición de formas de acción colectiva más “crítica”, sí que es verdad que en la medida en que muchas de estas organizaciones toman parte en estructuras de trabajo conjunto, en plataformas, en redes..., hecho que se da muy a menudo, y que en estas estructuras se da un proceso más o menos explícito de trabajo comunitario y de construcción conjunta de lo local, ello puede conllevar la toma de conciencia de la interconexión y dimensión estructural de fenómenos trabajados antes sectorialmente, de la asunción de un enfoque más centrado en las consecuencias que en las causas, y en muchos casos de momentos de conflicto con las instituciones.

Al igual que se producen espacios de trabajo conjunto a nivel de barrio o a nivel local entre colectivos de dimensiones más bien reducidos en torno a temas concretos (desde comisiones de fiestas a planes de desarrollo comunitario) en los que se generan dinámicas que escapan con mucho a la suma de la actividad de cada una de las entidades implicadas, en los últimos años nos encontramos con varios e interesantes ejemplos de espacios de encuentro, reflexión y trabajo conjunto a nivel provincial o autonómico entre entidades que trabajan en diferentes ámbitos. En estos espacios han convergido tanto colectivos con prácticas más cercanas a los movimientos sociales como otros con prácticas más próximas a lo que podríamos denominar como Tercer Sector o entidades prestadoras de servicios. Y desde estos espacios compartidos se han elaborado discursos de claro corte político, y se han puesto en práctica formas de acción más propias de los movimientos sociales que de las organizaciones de voluntariado: ruedas de prensa denunciando de la actuación institucional, convocatoria de concentraciones y manifiestos, realización de acciones no convencionales, recogidas de firmas...

Estas experiencias pueden así verse como una muestra de cómo los grupos de interés público, al relacionarse con movimientos sociales, son influenciados por éstos, lo que les lleva en ocasiones a tomar prestado, o quizás deberíamos decir a recuperar, un discurso que exige transformaciones estructurales y una forma de acción colectiva más tradicional y conflictiva.

Un claro ejemplo en el País Vasco de este fenómeno de “movimentalización social” de las entidades del Tercer Sector son los casos de plataformas de trabajo conjunto creadas en torno al tema del derecho a la vivienda o a políticas sociales (Renta básica, ciertos programas o equipamientos...).

Esto viene a apoyar, a mi juicio, la necesidad de destacar la potencialidad que tienen estas entidades como espacios de socialización y de concienciación social y política para muchos de sus miembros, y su papel como posibles “trampolines” hacia otras formas participación más cercanas a la “militancia ideal”.

Este posible papel de “escuela de militancia” de las entidades de ideología “pragmática” debería, por ello, de gozar de mayor reconocimiento, y también aprovechamiento, por parte de las organizaciones con formas de acción colectiva más cercanas a los movimientos sociales, sobre todo en un contexto de desaparición de las ideologías, de debilidad del movimiento asociativo, de socialización de las nuevas generaciones de jóvenes en el individualismo y el postmaterialismo, de hegemonía del neoliberalismo y pensamiento único dominantes, en el que las dificultades para la renovación de los perfiles que exigen las formas de acción colectivas basadas en una ideología “crítica” son más que evidentes.

En este sentido, parece ineludible, y sin que ello suponga un ejercicio de sobreadaptación a la realidad, o de renuncia alguna a ideologías, a formas de funcionamiento o a aspectos esenciales de la propia identidad, que las organizaciones, tanto las de ideología “crítica” como las de ideología más “pragmática” se planteen trabajar desde este principio de realidad. Es decir, que se apueste por la transformación social, sin olvidar el contexto en el que hemos de movernos, y como parte fundamental de este contexto, tratando de sumar a quienes están actualmente participando de una u otra manera en algún tipo de colectivo social, con el objetivo último de acumular fuerzas que nos permitan avanzar en la consecución de los fines marcados.

Y es que como reza el dicho, y más allá de que echemos o no de menos tiempos pasados que no han de volver en los que el peso de formas de participación recaía en otras fórmulas diferentes a las actuales, con estos bueyes hemos de arar.

5. Bibliografía

González, P. (director) (2006), *Jóvenes españoles 2005*. Fundación Santa María. Madrid.

Bizkaiko Foru Aldundia-Diputación Foral de Bizkaia (2009), *Estudio sobre voluntariado en Bizkaia 2008*. Bilbao.

Moral, J.L. (2004), *Modernidad y posmodernidad: cambio de valores en la juventud* en Misión Joven (número 330-331), Julio-Agosto 2004. Madrid.

Verdú, E. (2001), *Adultescents. Autorretrato de una juventud invisible*. Temas de Hoy. Madrid.

Ibarra, P. y de la Peña, A. (2004), *De la confrontación militante a la cooperación pragmática. Nuevas formas de acción colectiva en Euskadi*. Catarata. Madrid.

Ibarra, P. y Tejerina, B. (editores) (1998), *Los movimientos sociales. Transformaciones políticas y cambio cultural*. Editorial Trotta. Madrid.

Brunet, D. (2007), *La participación de las personas jóvenes: Claves para la promoción*. Ponencia no publicada.